



MARIA TORRES FRIAS

POESÍAS

VIOLETAS

SALTA

Imprenta y Librería "El Siglo Ilustrado"

MARÍA TORRES FRÍAS

VIOLETAS

POESÍAS



SALTA

Imp. y Librería EL SIGLO ILUSTRADO, Plaza 9 Julio

1899



CUATRO PALABRAS



UBLICAR libros hoy, es una heroicidad.

La literatura va quedando según dicen, para los bienaventurados que se lo pasan ideando fantasías.

A los que hacemos versos, buenos ó malos, se nos premia con la caña y la púrpura ridícula.

La señorita Torres Frias publica un libro. Débesela saludar como á una dama medioeval de aquellas que gallardas y atrevidas iban á los torneos y volvían con la victoria. Se arriesga cuando todos desertan como villana gente, sin hacer vibrar la cólera y las armas, y se unen á la prudencia ó al convencionalismo. Tiene el valor de no ir al templo de que un nuevo Jesus puede arrojar á los judíos.

No soy yo el llamado á juzgar el mérito de sus poesías. La autora es jóven y lo que nos presenta no es mas que una promesa de su futura producción.

Sin ser muy entendido he notado en este libro ligeras imperfecciones, hijas tal vez del apresuramiento por la publicación nunca contenida en los que empiezan. La

realización del primer sueño literario se paga siempre de ese modo. Pero no debe tenerse en cuenta por la razón de que todos las han tenido, y más cuando como ahora hay bellezas que las compensan.

La señorita Torres Frias ama á Becker, al pobre y grande Becker, con apasionamiento. Talvez sin quererlo lo ha imitado. Forman su encanto las selvas venerables con sus orquestas de pájaros, y su estraña via láctea de flores, sus brisas como besos, sus rumores y todos esos viejos emblemas de lo bello.

Sus versos que tienen frescura de flores, guardan reminiscencias del tiempo de las églogas y los idilios; pero su cualidad más estimable es la modestia; son como las violetas.

José M. Quevedo

La Plata, Mayo de 1899.



PÓRTICO



Bórtico

BAJO el arco de oro de las áureas musas
lanza el pebetero sus blancas espiras,
y los vagos ritmos de las cornamusas
con sus notas llaman á las griegas liras.

Bajo un gláuco pálio de hojas de seda,
por ténues follajes, á molo de alfombra,
la divina musa se desliza queda
y entre los ramajes parece una sombra.

Vibran armonias en los blandos nidos;
el ojo de oro sobre azur despierta
y lloran los árboles diamanes pulidos
encima el sudario de la noche muerta....

Y en una apoteosis de luz y colores
el Alba desfloca de entre sus cabellos
con soplos de vida guirnaldas de flores,
los cantos de alondra, los rojos destellos....

Empuñando el cetro de dorados rayos
se adelanta Febo sobre el medio dia,
y finjen las flores púdicos desmayos
y la abeja liba la casta ambrosía.

A besar los lirios van las mariposas,
tejen las arañas sus redes de seda,
y las ninfas danzan, rimando sus glosas,
al son de las flaútas entre la arboleda.

Envueltas sus formas en linos albanos
y al acorde dulce de liras tebanas,
avanza tu musa llevando en las manos
manojos de lirios y rosas tempranas.

Y la musa alada de tus cantos de oro
no pulsa en la umbría la lira guerrera;
tu musa se adorna con perlas de lloro
que engarza en la noche de su cabellera.

Tus dulces estrofas, que el iris esmalta
con suaves reflejos de plata bruñida,
de los limoneros que nacen en Salta
exparcen la aroma que es grata á la vida.

Tu musa es tan casta como una paloma
de nevadas alas y de ojos azules;
sirena que muestra, si á la playa asoma,
sus císneas alburas entre ondas de tules.

Tu musa no vaga por extrañas tierras
en pos de los lauros que promete el Arte,
y entre rojas clámides, que nimban tus sierras,
entrega á los vientos su blanco estandarte.

Bajo el ala enorme de la régia rima
avanza tu musa derramando flores,
y su blanca nota, que preludia y mima,
revuela ante el ara de los ruiseñores.

Y entre el arrullo de caricias francas
aureolan sus sienes las lises nivosas,
y Eutérpe le ofrenda sus palomas blancas
y Apolo enguirnalda su frente de rosas.

Se extienden las lenguas de los pebeteros,
ascienden al cielo sus blancas espiras,
y á tu musa cantan los vientos ligeros
entusiastas psalmos de las griegas liras.....

Manuel J. Surría

Buenos Aires
Otoño de 1899.



POESÍAS

•

A la memoria de mi madre
:



VIOLETAS



POESÍAS

I

· **M**IENTRAS en mi alma tu mirada pura,
· Cual sol esté grabada,
Mientras tu acento rítmico yo escuche
 Cual mágica plegaria.

Mientras tus labios me sonrían amantes,
 Un mundo de esperanzas
Como una aurora de fulgentes luces,
Alumbrará los sueños de mi alma..

Mientras del cielo las estrellas brillen
 Con chispas argentadas,
Mientras el sol caliente el Universo
 Con su amorosa llama

Mientras la luz sea luz y mi estro exista,
 Y vibre mi pobre arpa,
Te cantaré mi amor, porque es mi vida,
Y en mi existencia es dicha y venturanza.

II

Cuando me contemples triste,
 Nublada la faz de pena,
 Y en mis pupilas el llanto
 Pronto á rodar como perlas,
 No me preguntes
 Que mi alma aqueja,
 Porque yo tengo misterios
 Que la palabra no espresa...

Cuando en las tardes, absorta
 Mirando al cielo me veas,
 Y descubras mis suspiros
 Que dentro el pecho se velan,
 No me perturbes
 Con tus querellas,
 Porque mi espíritu se halla
 Donde tus frases no llegan.

Porque yo viajo á los cielos,
 Porque yo floto en la niebla,
 Yo me columpio en los rayos
 De la vespertina estrella,
 Porque soy hálito
 Que ráudo vuela,
 Y aunque te afañes no puedes
 Igualarme en mi carrera.

Porque no soy de este mundo,
 Porque no soy de esta tierra,
 Porque tengo álas sutiles
 Para volar donde quiera,
 No más preguntes!...
 Mi alma está llena
 De esos profundos misterios
 Que la palabra no espresa.



Adios.....!

Adios avecillas dulces
De la pintoresca selva,
Mariposas de alas de oro
Como la brisa ligeras;
Llegó el instante supremo
De la despedida tierna,
Suspended vuestras caricias
Por que el invierno se acerca,
Dejando doquier su rastro,
Dejando doquier su huella...

Volad, volad presurosas
Donde la dicha os espera,
Volad donde sus mil galas
Ostenta naturaleza,
Porque aquí todo está triste,
Todo lo cubrió la niebla,
Y del cielo ya no lucen
Las fulgurantes estrellas,
Y están marchitas las flores
De la campiña risueña.

Ya no hay perfumes de rosa,
Ni aromas de madre-selva,
Solo adorna mi ventana
La melancólica yedra,
Compañera funeraria
De mis ansias y mis penas,
Que siempre busca las ruinas,
Que siempre nace en las grietas.

Pasó la edad de los sueños
 Y de las dulces quimeras,
 Las auras embalsamadas
 No juegan en la floresta,
 Ya no murmura la fuente,
 Y el viento en sus alas lleva
 Despojos de helados nidos,
 Despojos de flores muertas.

Silencia está la campiña
 Y está la vega silencia...
 Voladavecillas dulces,
 Volad á lejanas tierras;
 Y mientras canto en mi lira
 Tristes, débiles endechas,
 Vosotras cantad de amores
 Y de delicias supremas:

Volad, volad presurosas
 Donde la dicha os espera,
 Y en la enramada florida
 Modulad vuestras cadencias;
 No quiero que vuestra dicha
 Vayan á turbar mis quejas,
 Dejadme llorar mis cuitas,
 Dejadme llorar mis penas!

Invierno del 97.





Silvestre

ENTRE la víd frondosa,
Las rosas enlazadas,
Y mas abajo, en el follaje espeso,
Un nido de torcazas.

Quietud doquier respiran
Las juguetonas auras,
Y quiebra el sol sus irisados rayos
Sobre las rosas pálidas.

Es tarde; las violetas
Se esconden en las matas,
Como gacelas tímidas que al beso
Del sol se avergonzaran.

Y las abejas zumban,
Y los horneros cantan,
E imprégnase el espacio con perfumes
De lirios y de dalias

.....

Y en tanto, allá en su nido,
Trémula la torcaza,
Siente bajo el abrigo de su seno,
Palpitar unas alas ..!

:





Alborada

YA nace la aurora, ya cantan las aves,
Ya se oye el murmullo del bosque venir,
¡Cuan dulce es la vida! ¡cuan puros y suaves!
Se elevan los himnos! ¡cuan dulce es° vivir!

Ya el cielo se dora, ya brilla el rocío,
Ya tiemblan las flores al beso del sol,
Y allá en Occidente, ¡cuan bello Dios mío,
Se tiñen las nubes de rojo arrebol!

Ya canta la alondra sus cantos de amores,
Ya eleva la selva también su cantar,
¡Cuan dulce es la vida viviendo entre flores!
¡Que bello es el mundo! ¡que dulce es amar!

Yo te amo bien mío, cual aman las flores,
Cual aman las brisas más puras del mar,
Sin penas, sin celos, sin negros temores,
Con solo caricias; ¡vivir es amar!

Los Alamos--Salta.





¡Pobre Luz!

RECLINADA en la rústica verja
Las horas se pasa,
Contemplando abstraída las flores,
Las nubes plateadas,

Son sus negras y hermosas pupilas
Dos fuentes de lágrimas,
Su sonrisa más bien es gemido
Que nace del alma

¿No la veis con sus negros cabellos,
Su faz desolada,
Do indeleble está impresa la huella
Del duelo que mata? :

No la veis? ya no escucha los trinos
Que dá la calandria,
Y hacia el cielo dirige sus quejas
Con voz angustiada.

—No hay piedad para mí, no hay alivio,
A veces esclama;
—Soy la hoja marchita que el viento
Con fuerza arrebatá.

—Soy la pálida rosa que muere
Sin ver la mañana;
La avecilla que llora en el bosque
Ya rotas sus álas!

Y es vano un consuelo amoroso
Querer prodigarla,
Luz no escucha, que herida de muerte
Se encuentra su alma.

Y es en vano que el fiel partorcillo
Le jure que la ama,
Sorda está á los halagos del mundo,
La pena la embarga!

No le agradan las flores hermosas
Con que él la regala,
Ni las dulces canciones silvestres
Que siempre le canta;

Y abatida se pasa las horas.
La faz demudada,
¿Que la apena? se ignora, es misterio...
¡Misterio del alma!

1897.





Notas perdidas

Debajo de aquel árbol
Que se levanta á orillas del camino,
Una tarde de Mayo,
Platicando de amor nos detuvimos.
De los lejanos cerros
Lanzaba el sol sus refulgentes rayos,
Cual un adios postrero
Que daba al bosque, al arroyuelo, al prado.
Perfume de violeta
Traía la brisa alijera en sus alas,
Y en la vecina selva
Modulaba sus trinos la calandria.
Todo era bello entonces,
Todo plácido y bello en redor nuestro,
Los cielos y los bosques
Hablabannos de amor, de amor eterno,
Y el horizonte de oro
Que cual inmensa franja se estendia,
Mirábamos gozosos
Como nuncio feliz de eterna dicha.
¡Horas de paz suprema,
Dulces como un ensueño de la infancia!
¡Sonrisas lisonjeras!
¡Miradas tiernas en las que iba el alma!

¿Porque ya no os encuentro,
Y si vuelvo la vista emocionada
Solo miro à lo léjos
Barquillas rotas en desierta playa?

.....
Náufrago de la vida
Regando voy con llanto mi camino,
No hay flores ni sonrisas
Por la escabrosa senda que yo sigo;
No volverán mis ojos
A encontrar ¡ay! sus ojos peregrinos,
Ni escucharé los tonos
De la voz melodiosa que he querido.

Invierno del 98.





Becquerianas

VOLVERÁN ¡ay! las tardes nacaradas
Llenas de luz y encantos á brillar,
Y á acariciarnos horas placenteras,
De nuevo volverán.

Pero esas tardes puras, cristalinas,
Que se deleita mi alma en recordar,
Aquellas con perfumes de violetas...
Esas, no volverán!

Y volverán acentos melodiosos
Bajo el sagrado techo á resonar,
Y el corazón de dicha y de ternura,
Con fuerza latirá.

Pero ¡ay! el canto que halagó mi vida,
Ese tu acento dulce angelical,
Con la pureza ingénua de otros tiempos,
Jamás resonará.

Y volverá la risa bulliciosa,
Y el fraternal cariño volverá,
Pero esa antigua sencillez de niños,
¡Jamás, jamás, jamás!



Rimas

PASAD tristes recuerdos, pasad negras visiones,
Dejadme en mi retiro tranquila reposar;
Yo busco hoy el silencio, la calma entre las flores,
Y huyendo voy del mundo, huyendo de sus goces,
Que mi alma solo anhela la dulce soledad.

Pasad, que ya no os temo, ni turbareis mi frente,
Pasad como las nubes que impele el huracán;
Mi vida se agiganta, no temo ni á la muerte,
Y en vano es que fantasmas en mi camino encuentre,
Mi altivo pensamiento, jamás se turbará.

Soy fuerte, lleva mi alma coraza misteriosa,
Que libre me mantiene de la pasión ruin;
Ni la ambición conozco, ni la venganza sorda,
Ni la horrorosa envidia, que hiere lo que toca,
Soy fuerte, nada turba mi mente juvenil.

Camino por la senda que me trazó el destino,
Llevando alta la frente y alegre el corazón,
Y si el dolor me hiere de su altivez me rio,
Como se rie el gigante del débil gusanillo,
Y avanzo muy tranquila, pues nada temo yo.

Porque mirando al cielo descubro entre las nubes,
Un astro que me alumbrá con refulgente luz;
Un astro que del alma la tempestad destruye,
Y es sol en las tinieblas donde la muerte ruje,
Y es ángel que yo adoro, de la región azul.



Confesión

ME acuso Padre de que amo...
—No te confieses de amor,
Porque es ley ineludible
Del humano corazón.

No es culpa amar hija mia,
Pues eso nos manda Dios,
“Amaos”, dice, “unos á otros”,
Dándonos su bendición.

Pero sabed que ante todo
Amarás á tu Señor,
Al Cristo que en el Calvario:
Tus pecados redimió.

Ama despues á tus padres,
Que Dios en el mundo són,
Obedece sus mandatos,
Respetá siempre su voz.

—Pero Padre, es que él que yo amo...
—Lo comprendo, hija ¡por Dios!
Solo es prójimo y no hermano,
¡Ah! ¡cuanto lo sabré yó!

Diariamente vengo oyendo
Estas historias de amor,
Algunas tristes, muy tristes,
Lastiman mi corazón.

Y os compadezco doncellas
Que vais del amor en pós,
Sin saber que la ventura,
En el no se encuentra ¡no!

Pues todo lo ha trastornado
La metálica ambición,
Sus purísimos encantos,
Sus dichas y su ilusión.

Solo hallareis en el mundo
Pobre y angélica flor!
Perversidad y egoísmo,
¡Haz acto de contricción!

Invierno del 98.

.

.





Sin Dios

LA frente entre las manos inmóvil la pupila,
Mil sombras sepulcrales vagando al rededor,
Mientras la luz postrera refléjase indecisa,
Sobre los viejos muros que forman la prisión.

La muerte con sus fauces mas negras que el abismo,
Tan solo es el ensueño del que en presidio está,
Y en tanto que las horas pasando van, sombrío
Revuélcase, poseido de bárbara ansiedad.

Presiente en su delirio que el fin de su carrera
Tan negra y tan estéril, muy pronto vá á llegar;
Se desespera en vano y en vano se lamenta,
La muerte ante sus puertas, lo está esperando ya.

No piensa en la plegaria, jamás la ha conocido,
Jamás vibró en sus labios, la mística oración;
Fué siempre desgraciado, de niño fué un impío,
Porque no tuvo madre, que le dijera, hay Dios.

Maldice, no suplica; maldice, no se humilla,
Porque su pecho duro como las rocas es;
No tuvo una palabra piadosa, no, en su vida,
Ni bendecido nunca, por la inocencia fué.

Y ahora cuando siente la sed devoradora...
La angustia de agonía y el ansia de vivir...
Volviendo hácia el pasado su lánguida memoria,
Contempla estremecido, sus crímenes sin fin.

Que ha sido él en el mundo sino la nube negra,
Que siempre amenazante, cerníase doquier?
Funesta para todos ha sido su existencia,
Y eternas desventuras pesando van sobre él.

Y se estremece y llora... y hacia los cielos mira,
Como buscando un alguien para clamar ¡perdon!
Mas ¡ay! el desgraciado solo hallá en su agonía,
Las sombras de la noche vagando alrededor.

Primavera del 97.





I

HUYERON mis esperanzas,
Como visiones huyeron,
Y se extinguieron las luces
En el altar de mis sueños.
Desierto está mi camino,
Desierto como en invierno,
Y con sus flores marchitas
Juegan al pasar los vientos.
De plumizos nubarrones
Mi cielo miro cubierto,
Y en el fondo de mi alma
Flotan témpanos de hielo.
¡Desdichado del que vive
Con un corazón que ha muerto!

II

no/ Yo sé que pasó por mi ser todo,
En ese instante, siglo de agonía,
Yo no sé si grité, porque una nube
Oscureció mi atónita pupila.

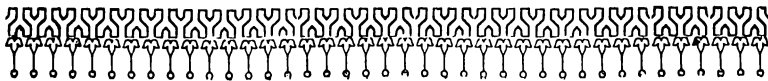
Yo no sé que pasó, porque una oleada
De sangre ardiente recorrió mis venas,
Y el corazón latió desesperado
Por salir de su cárcel tan estrecha...

Yo no sé que pasó, no lo recuerdo,
Cual un rayo me hirió No me doy cuenta
Como tan negra prueba he resistido,
Sin caer en el acto muerta, muerta!

III

Va dejando su huella,
Este profundo mal que me devora,
Pero sonrie mi lábio...
Aún fuerzas tengo para ser hipócrita.
Y aunque zolloze el alma
Dominarla sabré con fuerza loca,
Moriré en la batalla,
Pero ceder? ¡Jamás, ni una vez sola!





Himno

Yo quisiera decirte un secreto
De mi árga en las suaves armónicas cuerdas,
Y cantarte con voz melodiosa,
De mi alma el querido y hermoso poema.

Yo quisiera al compás de mi canto
Saber lo que sientes, saber lo que sueñas...
Descubrir en tu pálida frente,
Tus dichas, tus ánsias, tus penas secretas.

Y quisiera por fin en tus ojos
Leér una frase muy dulce y muy tierna,
Para entonces cantar mi ventura,
Cual cantan los bardos sus dichas exelsas.

Invierno del 98.





Al partir.

LEGÓ el instante de la partida,
¡Cuanta tristeza, cuanto pesar!
Lágrimas tibias en la pupila,
Dentro del alma quejas perdidas,
Triste silencio y oscuridad.

Miradas tiernas de llanto llenas,
Que tristes nacen del corazón;
Suspiros hondos de amarga pena,
Que todo un canto de amor encierran,
Luego un gemido, luego el adios.

Léjos, muy léjos, solo se mira
De la casita la blanca sien,
Los verdes sauces de aquella quinta,
Donde han quedado goces y dichas,
Gratos recuerdos del dulce ayer.

Después ¡ay! ¡nada! solo el silencio...
Cual un suspiro todo pasó;
La venturanza queda muy léjos,
Tan solo lleva penas el pecho,
Llantos y quejas el corazón.

Primavera del 97.





Mi bandera

Para la publicación patriótica del ilustrado "Dúcaro Salteño"

Amo los lirios del valle,
Y amo las nubes del cielo,
Y los azahares blancos
Que lucen los limoneros,
Y los velos de las novias,
Y los cándidos ensueños...
Amo las palomas niveas
Que anidan en el silencio,
Y la nieve de los Andes,
Y las estrellas del cielo.
¡Todo lo blanco me encanta!
¡Todo lo puro venero!
Porque son blancas mis dichas,
Porque son blancos mis sueños,
Y blancos son los altares
De la Madre de mi pueblo.
¡Viva el color de los lirios!
¡Viva el azul de los cielos!
Y ¡viva el sol que ilumina
Y entusiasma el Universo!
Porque en conjunto armonioso
Blanco y azul de los cielos,
Forman la hermosa bandera,
De los Argentinos pueblos.



En el bosque

RESUENAN de los tordos los ritmicos violines,
Prorrumpen los follajes en cánticos de flores,
Y anidan silenciosas en plúmeos cojines,
Las tímidas torcazas de lánguidos amores.

Celebran livaciones en ánforas de plata
Con trajes japoneses, las vivas mariposas,
Y el sol quiebra sus rayos de záfir y escarlata,
Besando del arroyo las ondas tumultuosas.

Se agitan aleteando las brisas susurrantes,
Derrochan las alondras sus tiernas melodías,
Y flotan en el aire caricias delirantes,
Y arrullos temblorosos y ardientes armonias.

.....

¡Taller resplandeciente de luces y de flores
Que el Sábio de los sábios prolijo decoró!
Natura es la paleta que brinda los colores,
Pero el supremo artista, la soberana, ¡yo!





De pié

Nací para sufrir? siga la rueda,
No pienso detenerme á meditar;
El que medita llora desengaños,
Y no me quiero aún desengañar.

¿Nací para sufrir? Alta la frente!
En el combate no hay que vacilar;
El que vacila pierde la victoria,
Y yo quiero triunfar!

Nací para sufrir... pero ¡adelante!
Vamos con la desgracia á batallar;
Cuando la fé fulgura dentro el alma
Se lucha sin temblar.

Si mi sino es adverso ¡no me importa!
Mas fuerte soy que el enemigo; ¡mas!
Caeré sin vida envuelta en mi bandera,
Pero rendirme sin valor? ¡Jamás!

Primavera del 98.





X

Rápidos

Tirando los cañones,
Los ví pasar al despedirse el día,
Dispuestos à la lucha,
Patriotas siempre y derrochando vida.

No empañaba una nube
La luz de su pupila,
Había en sus ojos el mirar del cóndor
Que las rudas borrascas desafia.

Todos eran muy jóvenes y esbeltos,
Con la nobleza altiva
Del que ni en la hora de la muerte negra,
La frente mística con dolor inclina.

Y pensé que una madre
O una adorada esposa ellos tendrían,
Un ángel en la cuna,
Y una risueña y poética casita.

Y medité llorando
En los futuros días,
En esas nubes negras que amenazan
Turbar la paz de mi Nación querida.

Y pensé entonces en la niñez desnuda,
Y en las llorosas tristes prometidas,
En los hogares ¡ay! abandonados,
En la miseria, el hambre y la agonía...

Pero me dije luego,
La frente alzando con dureza altiva:
¡Vengan gemidos, hambres, desventuras,
Antes que oprobio á mi Nación bendita!

Primavera del 98.





Dormida

BAJO cortinas de blancos velos,
Sobre la cuna, cual puro azahar,
Con la sonrisa de los querubes,
La tierna niña durmiendo está.
Durmiendo está.

Sobre su frente rayos de luna
Cándidos besos dejando ván,
Por la ventana se mira el cielo,
La blanca espuma del ancho mar.
Del ancho mar.

Léjos, del mundo se oye el murmullo,
Risas, cantares, llantos quizá...
Todo un confuso tropel de voces,
Que suben, bajan, vienen y van.
Vienen y van.

Despues se agitan doquier los vientos
Y amenazante ruje la mar,
Cúbrese el cielo de pardas nubes,
Y brama ronca la tempestad.
La tempestad.

Sierpes de fuego surcan los aires,
¡Que horrible noche! ¡que oscuridad!
Léjos, muy léjos se hunde una barca
Bajo el embate del huracan.
Del huracan.

Y en tanto el ángel de tez de nácar,
De ojos de cielo y hermosa faz,
Bajo cortinas de blancos tules,
Duerme soñando con su mamá.
Con su mamá.

Primavera del 98.





Canto

Para mi madre.

Yo tengo un amor santo
Que halaga mi existencia,
Un astro refulgente,
Que alumbra mis tinieblas,
Un ser todo bondades
Que mis ensueños vela,
Y ahuyenta mis dolores
Con plácidas cadencias.
¿La conoceis?—es noble.
¿La conoceis?—es bella.
Sus ojos son dos astros,
Nevada es su cabeza
Como la cumbre altiva
Del Andes, y es tan tierna
Como paloma blanca
De las agrestes selvas.
No sé como cantarla
Mis íntimas ternezas. .!
No sé como decirle
Mi adoración suprema!
¡Prestadme vuestro arrullo
Palomas de la selva!

¡Prestadme pajarillos
 Las plácidas cadencias
Con que halagais amantes
 A vuestras compañeras,
Para alegrar su vida,
 Para calmar sus penas!
¡Prestadme! y en un himno
 De aromas y cadencias,
De arrullos y rumores
 De besos y ternezas,
Con todo el amor sacro,
 Que el corazón condensa,
Murmuraré á su oído:
 ¡Bendita seas!

Primavera del 98.





Primavera

CRONADAS de perlas las dalias rojas
Hierguen su tallo verde con indolencia,
Y en su fragante cáliz las mariposas,
Van libando sedientas el rico néctar.

Bajo techos de flores hay leves nidos,
Y en los nidos se hamacan grises palomas,
Y arrastran'o á su paso cándidos lirios,
Sobre alfombra de musgo ruedan las ondas.

A las caricias frescas del aura leve,
Con verguenza se entreabren las blancas rosas,
Blancas reinas semejan que se estremecen,
A los ardientes besos de amante boca.

Derrochando los trinos de su garganta,
Vuela de rama en rama la dulce alondra,
Sus cadencias se esparcen como cascada
De nacaradas perlas, entre las frondas.

Al trasponer la cima de la montaña,
Derrama el sol la gloria de sus destellos,
Y á su caricia ardiente doquier estallan
Con salvaje entusiasmo, risas y besos.



Luz y sombra

ALGAZARA doquier, ruido de copas,
Delicados manjares, ambrosías,
La espuma del champagne cayendo al suelo,
Y el efecto del vino en las mejillas.

Brindis ardientes, calurosas frases,
Acentos de mujeres, locas risas,
Toda la fuerza del placer mundano
Brillando febriciente en las pupilas.

II

Mas allá tras el muro inconmovible,
Silencio sepulcral, luz indecisa...
Una mujer rodeada de sus hijos,
¡Ay! sobre el lecho del dolor tendida.

Sepulcrales espectros en la estancia,
Desesperadas quejas contenidas,
Toda la fuerza del dolor supremo.
Condensada en el ¡ay! de la agonía.

Primavera del 98.





Matinal

¡CUANTA vida se despierta con el beso de la aurora!
¡Cuanto trino melodioso, cuanto arrullo de paloma,
Como un himno agradecido se levanta por doquier!
En el prado, los sonrojos de las dulces margaritas,
Los halagos perfumados de las auras y las brisas,
Los idilios venturosos de los pájaros también.

Bajo techos de jazmines las corrientes rumorosas,
Y en los troncos seculares las salvajes trepadoras,
Con sus ácidos racimos, regalando suave olor;
Las coquetas madre selvas decorando los paisajes,
Y allá arriba, entre las ramas de los pinos y los sauces,
Los horneros construyendo de su dicha la mansión.

A la márgen del arroyo donde habitan las ondinas
Como vírgenes salvajes, las azules campanillas,
Sus perfumes esparciendo con celeste suavidad;
Y las flores elegantes de las frondas espinosas,
Coronadas como reinas con el llanto de la aurora,
Balanceándose á los besos de la brisa matinal.

¡Viva el alba! ¡Viva el día! ¡Gloria al lirio que embalsama!
¡Gloria á toda esta belleza que conmueve y habla á el alma,
Que arrebatata y brinda cantos al salvaje corazón!
No resisto al entusiasmo que estremece el pecho mío,
Solo puedo en mi vehemencia modular un hondo grito
Que se lleva toda el alma, y este grito es: ¡Gloria á Dios!



X Ensueño

A mi madre

Soñé que en tu regazo, muy niña, madre mía,
Tranquila descansaba, dichosa con tu amor,
Y que en mi cuna frente tus besos recibía,
Sin conocer el mundo, las luchas, el dolor...!

Soñé que me velabas al son de esas canciones
Hermosas, que en mi infancia mil veces escuché,
Y que á tu Dios alzabas fervientes oraciones,
Pidiendo para tu hija felicidad y fé.

¡Qué puro era mi sueño, que dulce aquella calma!
¡Qué bella te encontraba, mi madre, mi ilusión!
Los rayos de tus ojos bajaban hasta mi alma,
De luces inundando mi tierno corazón.

Las nubes, las borrascas, feliz desconocía,
Mi dicha y mi esperanza cifraba solo en tí,
Mi arrullo era tu acento de dulce melodía,
Mi sueño tus cantares, divinos para mí.

.....

Mas luego abrí los ojos...mi infancia había pasado,
Cual pasan esas flores de cándido color,
Y de esas dulces horas tan solo habían quedado,
Suavísimos recuerdos, perfumes de tu amor.



X ¡Hosanna...!

TAÑED las arpas de oro!
¡Tejed guirnaldas áureas!
¡Sembrad la tierra toda
De rosas y de palmas,
Que llega con su encanto
La alegre Navidad!

¡Volcad las copas llenas
De mieles y de aromas!
¡Pedid á vuestras Musas
Las más ardientes trovas;
Para entonar dichosos,
Un cántico triunfal!

¡Despierten los perfumes
Que duermen en las flores!
¡Revienten aleteando
Los cándidos pichones,
Y ajítese doquiera;
Con fuerza nueva luz!

¡Palpite en las entrañas
La sávia de otra vidal
¡Confúndanse en un beso
Las flores y las brisas,
Las ondas y los astros,
Del firmamento azul!



Rimas

Como nubes que impelen los vientos,
Van las dichas primeras de mi alma,
Hacinadas, confusas, llorando,
Sin una esperanza...!

Las contemplo pasar cual viajeras,
Tras el turbio cristal de mis lágrimas,
Arrastrando abatidas, sin fuerza,
Sus túnicas blancas.

Con la frente doblada y marchita,
Por el peso del tiempo abrumadas, :
Van á caer en un mar de tinieblas,
Que *olvido* se llama.

Y en la lucha tenáz con las sombras,
Como náufrago, sola en la playa,
Las contemplo temblando de pena,
Que se hunden y se alzan.

Y angustiada me digo mirando
Por el turbio cristal de mis lágrimas:
¡Quien pudiera volverles la vida
Que en ellas se acaba...!!!



Blanca

ÚNICA blanca de suave lino,
Manto de nieve que besa el pié,
Blancas las luces de sus pupilas,
Y blanca el alma de ella también.

De lirio el cútis que besa el aura,
Sus manecitas ramos de azahar,
Y en el encanto de su sonrisa,
Todo lo puro, todo lo ideal...!

Sombra ninguna su frente empaña,
Ni humanas ansias marcan su faz,
Visión celeste, cruza la tierra
Sembrando dicha, ¡nunca pesar!

Semeja el oro de sus cabellos,
Los rayos puros del rubio sol,
Y hay en las notas de sus cantares,
Todo lo casto del corazón.

Se llama Blanca, ¡virgen sagrada!
Que me enternece, me lleva en pós,
Sobre las sombras, sobre las penas,
Sobre las dichas, sobre el amor.

1898.





Impotencia...!

Yo quisiera cantar, pero un canto
Que asombre á los mundos, que asombre á los cielos,
Algo asi como un himno gigante,
Que en ondas eternas dilaten los tiempos.

✓ Yo quisiera escribir una frase
Profunda y grandiosa, con pluma de fuego,
Y dejarla por siempre gravada,
Con cifras ardientes del hombre en el pecho.

Y quisiera rasgando las sombras
Que ocultan á el alma los hondos misterios...
Decifrar lo que ingnoran los mundos,
Y alzarme con álas de cóndor muy lèjos...

Y rompiendo esta mísera cárcel,
Do mueren cautivos mis fébriles sueños,
Sustraérme á esta atmósfera aciaga
De eternas envidias y de ólios funestos!

Pero nunca será...! la materia
Con lazos de plomo sujétame al suelo,
Seré siempre el gusano infelice
Que arrastra en la tierra su mísero cuerpo.

Primavera del 98.





Obséquio

LÉVATE el corazón! Toma, ahí lo tienes,
Débil mugér, no puedo darte más;
Te obséquio amable al fin lo más sagrado
Como un recuerdo eterno de amistad. °

Recíbelo propicio y te suplico
Trates de conservarle la ilusión;
Si alguna vez lo dejas olvidado,
Marchito lo hallarás como una flor.

Búcaro es él de lirios y de rosas,
Que te encomiendo quieras conservar;
Los lírios son sensibles y un aliento
Sus pétalos de nieve empañará

Tómalo pues, dichoso, palpitante,
Cargado de esperanzas, juvenil;
Consérvale el calor, nunca lo olvides,
Y amante siempre lo verás latir.

1898.





En duda...

QUE eres muy bella yo lo reconozco,
De carmin son tus labios de coqueta,
Tus pupilas declaran por rivales
Del cielo azul las fúlgidas estrellas.

Tu hermosa sien de lirio es adorable,
Tus mejillas de rosa me embelesan,
Tus manecitas níveas, dos jazmines
Por su perfume y su color semejan.

Tu cuerpo es el compendio de lo bello,
Cuerpo gentil que al aura se doblega,
Para concluir: tú no eres de este mundo,
O si lo eres, naciste para reina.

Pero disculpa, abrigo entre mis dudas
Una muy singular, y escucha es esta:
Pienso que Dios distraído al modelarte
Puso por sesos lana en tu cabeza.

Verano del 98.





El viento

Con invisibles álas, por la pradera
Miré pasar al viento, tronchando flores,
Como loco, sin tino, luego en la selva
Penetrar, quebrajeando ramas de molle.

De los gigantes sauces la sien mesaba,
Pretendiendo humillarlos en su delirio,
Y arrastraba en el suelo como con rabia,
La esmeralda brillante de sus vestidos.

Soberano salvaje de rudo aliento,
Deshojaba las rosas de la floresta,
Y al batir la casita de los horneros,
Con hipócrita llanto dábales quejas.

En los cambiantes giros de su carrera,
Tomó la senda blanca de las ciudades,
Levantando à su paso nubes de tierra,
Modulando en su tono roncós cantares.

Unas veces dichoso se abandonaba
Con las álas abiertas por el camino,
Y otras veces fingiendo ternezas cándidas
Sujetaba temblando sus locos brios.

¡Jugueton incansable! Pasó las horas
Sin respirar siquiera, siempre viajando,
Ya jugaba en las faldas de las hermosas,
Ya robaba las gorras de los muchachos.

Hasta que al fin contento de sus partidas,
Murmuró entre sus dientes:—Me voy á casa—
Y recorrió el camino de su guarida,
Riéndole de sus bromas á carcajadas.





Rima

Yo guardaba entre flores
Con amoroso afán, una lira áurea,
De melodiosas cuerdas,
Que á un soplo leve con amor cantaban.
En los azules días,
Cuando reía de placer el alma,
Cada nota era un himno,
Cada arpégio era un canto de esperanza.

: Un día,—no hace mucho;—
Trémula de emoción llegué á buscarla,
Para pedirle un éco
Que despejase la borrasca en mi alma;
Y al afinarla amante,
Sedienta de su voz, hallé, ¡oh ingrata!
Que eran gemidos fúnebres las notas,
Que entre sus cuerdas con dolor temblaban.

Otoño del 99.





La última vez...

Y me miró esa tarde como miran
Los astros al morir,
Concentrando en sus ojos fuerza y vida,
Para dármele á mí;
Y me miró con ojos de paloma
Que herida vá á espirar,
Desmayante en mis brazos, cual la rosa
Que dobla el huracán.

II

Sobre mi pecho amante descansaba
Temblando de dolor,
Yo escuchaba latir ansiosa y pálida,
Su enfermo corazón.
Viviendo de su vida agonizante...
Cual ella iba á morir;
Yo como ella sentia ánsias mortales
Y frios. . ¡Ay de mí!

III

Sus temblorosos labios balbucearon:
—¡Ya no es posible más!
Con ese acento melodioso y santo,
Que no resuena ya.
Y al reclinarla entonces con terneza
A un lado me quedé,
Sin comprender que nunca habia de verla
Despues de aquella vez...!

.....



Rima

CUANDO miro las estrellas
De la azul inmensidad,
Me digo que son las almas
De los seres que se ván...

Cuando miro sus destellos
De celeste claridad,
Me digo que son palabras
De un idioma divinal.

Desde que murió mi madre
No las dejo de mirar,
Porque yo sé que una estrella
Su alma blanca será ya.





Para mi madre

En el cielo.

PEDAZO de mi vida y de mi alma,
Rayo de luz en noche pavorosa,
¡Que triste está el hogar sin tus sonrisas,
Que triste, mi paloma!

¡Que oscuro está el hogar sin los destellos
De tus pupilas negras, brilladoras!
¡Que amargos son los ecos que responden
Si el corazón te nombra!

¡Que helado está el ambiente que respiro!
¡Que negro ¡ay! el dolor que me devora!
¡Que horrible este presente funerario
De llanto y de sombras!

Pedazo de mi vida y de mi alma,
Mi inspiración, mi luz, mi alba paloma,
¡No me dejes así, madre querida!
¡No me dejes tan sola...!





De noche

TRAS las cumbres se alzaba la luna
Cual globo de escarcha,
Derramando en la tierra dormida
Su lluvia de plata.

La veía cernerse en el aire
Purísima y blanca,
Y pensaba temblando en la noche
: Sin astros de mi alma!





Ausencia eterna

A la memoria de mi madre.

CUANDO al ocaso el sol resplandeciente,
Vertiendo chispas nacaradas baja,
Cuando los écos todos de la tierra,
Languidecen cual mística plegaria,
Siento que vida
Fáltale á mi alma,
Siento que voy muriendo poco á poco,
Desde que no me alientan tus palabras.

Quando las sombras densas de la noche
Como fantasmas fúnebres avanzan,
Y acongojadas las cantoras aves,
Pliegan temblando sus brillantes álas,
Siento que hay algo
Dentro de mi alma,
Como las sombras de la noche negra,
Desde que no me alumbran tus miradas.

Quando las brumas pálidas de invierno
Como sudario blanco se levantan,
Quando las flores abatidas ruedan,
Y es sin matices ni belleza el alba,
Quando la vida
Do quier desmaya...
Siento que es un invierno mi existencia,
Desde el terrible instante que tu faltas.



Negro

NEGRO es el manto que la noche viste,
Negra la eternidad,
Y negras son las cruces de las tumbas
Donde los muertos van.

Negra es la mano que desgarrar el alma
Con bárbara crueldad,
Negra es la voz que se alza en la conciencia
Del hombre criminal.

Negro es el quieto sueño del que duerme
Sin despertar jamás...
Negro el vacío del pecho que no alienta
Ni una esperanza ya...!

Pero ¡ah! más negro es mi dolor profundo,
Mas negro, ¡mucho mas!
Mas negras que la noche son mis penas,
Mas triste mi alma está.

Otoño del 99.





Noches en vela

I

Las flores, las aves, los écos dormían,
Ni un leve murmullo, ni un soplo latía,
La luna cruzaba la azul extensión.

Los astros fulgentes del límpido cielo,
Temblaban, temblaban en suaves destellos,
Cual pálidos reyes enfermos de amor.

Al borde del lecho velaba á mi madre,
Mirando del cielo la luz oscilante,
Y el fondo profundo del mágico azur.

Al borde del lecho, perdida en las sombras,
Contaba temblando pasar ¡ay! las horas,
Y alzarse á mis ojos un negro ataúd.

Tendiendo las manos ¡piedad! imploraba,
Con hondos zolozos y voz desolada,
¡Piedad! para ella, ¡piedad! para mí.

Y al oír su aliento de ritmo tranquilo,
Ahogando zolozos y ahogando gemidos,
Besaba su frente de suave marfil.

Sus negras pupilas en mí se posaban .
¡Que triste lenguaje, que tiernas palabras,
Veladas por sombra de inmenso dolor!

¡Con que idioma de luz que agoniza,
Mi pálida reina, mi sombra perdida,
Me daba amorosa su último adiós!

.....

Su trémula mano mi mano estrechaba...
Sus labios besaron mi frente nubiada,
Mi frente marchita de tanto pesar.

Y ahogando del alma los gritos de angustia,
La frente en la almohada dobló triste y muda,
Cual lirio que arrasa salvaje huracán.

.....

.....

¡Testigos eternos, luna, astros, espacio!
Guardad con vosotros el poema sagrado
De aquellos instantes de llanto y dolor.

¡Guardádlo, no quiero que el mundo se imponga
De aquellas mortales, supremas congojas,
De aquel desgarrante maternal adiós...!



PROSA

.



Salvaje



Todo tendía á lucir, todos buscaban el primer rayo de sol y la primer caricia de la brisa. Primero con suavidad exquisita, con toda la delicadeza de una muchacha culta, cediendo posesiones y ofreciendo sombras.

Las flores se abrian modestamente, casi con vergüenza, como si temieran la luz del sol y los apasionados besos de las auras, los verdes retoños se estremecian al primer impulso del aire, á la primer caricia de las pintadas mariposas, y las calandrias modulaban vagamente sus armoniosos acordes, como músicos que afinan el instrumento que amenizará una boda.

Poco á poco todo fué cobrando animación y entusiasmo; la luz era más clara, las flores menos tímidas, más alegres los trinos de las calandrias, más atrevido el vuelo de las pintadas mariposas, y principió la fiesta.

Torrentes de luz bañaban el bosque, la floresta, el prado; las flores se disputaban unas á otras, ya una sonrisa, una caricia, un beso, hasta que llegó un instante en que predominó la fuerza.

Las violetas fueron abrumadas por las dálias, y estas por los vejucos silvestres, cuyos lazos las sujetaban dejándolas sin acción; las margaritas lloraban temblorosas entre los rosales que les robaban el aire, la luz y la existencia, y por último ya no hubo modestia, ni recato.

Las dálias y los rosales con desenfreno loco, invadieron los sitios donde antes no se atrevian á llegar por una delicadeza femenina; las trepadoras atrevidas con

sus lazos como serpientes verdes, cubrieron las balastradas del jardín, las columnas, los bancos de piedra, subieron hasta la copa de los árboles y abrumaron á los arbustos con la fuerte presión de sus brazos; y en la embriaguez del deleite, en el entusiasmo del placer, flores y racimos, hojas y guias, dierónse el último ardiente abrazo, confundiendo sus formas y sus vidas.

Hoy solo queda el voluptuoso desorden que sigue á un espléndido día de fiesta; las flores caídas, deshojadas ofreciendo á las brisas locas los últimos restos de su seno; las cortinas de esmeralda desgarradas y amarillentas, como un velo de novia ajado por una mano de salvaje.

Respirase un ambiente mezcla de pureza y vicio. Las flores en cuyo cáliz han bebido los picaflores y los zánganos, solo tienen perfumes descompuestos, avinagrados, ácidos.

Una que otra rosa con su carita pálida como muchacha desvelada, asoma por el ramaje tupido y espinoso, contemplando escandalizada el estado lastimoso de las otras flores sus hermanas, algunas de las cuales van rodando en brazos de los céfiros, mientras que otras con sus blancos trajes de bailarinas, han quedado dormidas al márgen del arroyo.

Y así como se van apagando los ecos de un salón donde se realizó una boda, vándose estinguendo los murmullos de esta salvaje fiesta de la naturaleza, donde se ha hecho derruche de luz, perfumes y armonías.

Otoño del 98.





La hada del pescador

FANTASÍA



Los compañeros de Augusto llegaron á creer que estaba loco. Raras veces buscaba sociedad entre ellos y generalmente vivía en su barca abandonada a merced de las olas; allí parecía sumergido en eterno éxtasis y nadie se atrevía á perturbarlo.

Algunas veces que bajaba á la aldea; solía comprar perfumes y telas muy sutiles, sin que nadie supiese con que objeto; varios de los pescadores refanse de su extravagancia y burlábanlo largamente, pero Augusto permanecía en silencio, hasta que concluidas sus ocupaciones volvía á su barquilla, donde se consideraba el ser mas feliz del mundo.

Allí, en las noches de luna llenas de poesía y misterio, cuando las brumas se levantaban á orillas del río, Augusto se elevaba á otras regiones, vivía en otros mundos... Una hada blanca surgía de las aguas plateadas y sonriendo se aproximaba al pescador, quien le tendía los brazos delirante y la conducía á la barca, donde trémulo de amor podía contemplar sus ojos mas hermosos que las estrellas, y oír su voz mas dulce que una canción del cielo.

¡Pobre Augusto! Estaba loco, loco de amor por la hada que modulaba á sus oídos trovas de infinito encanto, y cuando en uno de sus arrebatos febriles la estrechaba contra de su pecho, sentíase embriagado de dicha y cerraba los ojos para morir...

—¡Cuan hermosa eres adorada mía!—solía decirle— Tus ojos tienen luces de estrellas y tu aliento es más suave y dulce que el perfume de la violeta. ¿Quién eres tú que naces de las ondas, sonriendo siempre y hermosa como un ensueño?

Y la hada le respondía:

—Yo soy del país del amor, donde todo es poesía; soy un rayo de luz nacido del beso de dos astros. ¡Ven conmigo te conduciré al paraíso de las eternas delicias!

Y mientras en amoroso encanto permanecían, la barquilla flotaba abandonada al embate de las olas espumosas.

¡Misteriosas horas de amor pasadas entre el murmullo de las aguas, y el susurro de la brisa, en una atmósfera de suavísimos perfumes! Aquello era la vida, algo más, el cielo; el cielo que se abría para el pobre pescadorcillo y le enviaba una de sus visiones célicas.

Poco á poco las sombras de la noche se esfumaban y radiaba la primera luz del día; entonces la hada cerrando con un beso los ojos del pescador, volvía á sumergirse suavemente en las azuladas ondas. Al nacer el sol Augusto dormía sonriendo, porque la imagen de su amada aún flotaba ante sus ojos.

Mas ¡ay! pronto principiaron á sentirse los primeros fríos de invierno, y el cielo cubriase de nubes. Augusto estaba triste, las aguas del río se agotaban considerablemente, la luna no alumbraba, y la hada de los ojos de estrella había faltado á su cita varias noches.

¡Cuanta amargura embargaba el corazón del joven! No podía resolverse á la idea de no volver á ver á su amada; érale imposible vivir sin oír su voz, sin escuchar sus trovas de purísimos acentos, y prefería morir antes que sufrir su ausencia; sí, morir, para ir allá donde ella lo

esperaba, en el paraíso de puras delicias, en el país de los amores y los ensueños...

Una noche, triste noche de invierno, Augusto contemplaba el cielo en cuyo fondo purísimo brillaban las estrellas; pensaba en su amada, cuando oyó una voz que del fondo de las aguas le decía:

— ¡Dulce pescador, ven, yo soy la que amas! Te conduciré en mis brazos á las mansiones del amor, donde seremos felices para siempre! ¡Ven dulce pescador á quien yo adoro! Te cantaré trovas nunca oídas y vivirás conmigo eternamente.

Augusto se estremeció, y viendo en el fondo de las aguas brillar los ojos de su amada, delirante de amor se lanzó al río, donde las ondas lo condujeron al país de los ensueños y de las celestiales delicias....





El vicio

EN la semi-oscuridad del cuartujo miserablemente anueblado, se destacaba como una visión la figura de Roque encorvado sobre la mesa redonda, y acariciando con sus manos descarnadas y largas, la copa de vino mugrienta y ordinaria. En el centro de la mesa habian botellas de todos tamaños ya vacias, y la vieja carpeta azul estaba manchada y en un estado miserable.

—¡Vino, mas vino!—murmuró Roque cuando hubo livado con voluptuosidad infinita el contenido de la copa.

—¡Vino, mas vino! Marta, Carlota, Justo, ¡dádme vino!

Se oyó una voz de mujer, luego ahogados zollosos de criaturas que tienen miedo, suspiros contenidos, y por último se abrió una puerta y Roque refunfuñó de nuevo sordamente:—¡Os pido vino!

—No hay mas que medio peso...!—dijo una voz angustiada.

—¡No importa, ve á comprarlo!

—¡Padre! ¡padre!—zollozaron dos chiquillas rubias saliendo en tropel por la puerta entreabierta. —¡No tendremos pan para mañana!—y se abrazaron con delirio á las rodillas de Roque, que ciego, perdido, sin darse cuenta de lo que hacia, las rechazó colérico diciendoles:

—¡Eh, retiraos! Pan, pan, siempre lo mismo, Si teneis hambre bebéd conmigo, traédme una copa, yo os daré algo muy bueno. Marta, os tardais demasiado, vé á comprar *eso*...

—¡Oh Dios mio, tened piedad de nosotros!—murmuró Marta tomándose con ambas manos la escultural cabeza, mientras corria por sus mejillas un raudal de lágrimas.

—Estas criaturas no han comido y ya no hay más que medio peso. ¡Roque, Roque mio!—esclamó arrastrándose de rodillas hasta él—¡Ten piedad de tus hijos! ¡vuelve en tí! ¡No bebas mas, por el cielo, por tu madre!

—¡Basta de lloriqueos, basta de lágrimas!—gritó Roque haciendo un supremo esfuerzo para ponerse en pié, y abriéndose camino por entre sus hijos y su esposa, salió tamboleándose a la calle solitaria y oscura.

Era el mes de Junio y el invierno habia cubierto de un manto blanco las calles y las plazas; nevaba de una manera aterradora; no habia una sola luz en toda la prolongación de la calle, y ni un ser viviente transitaba á esas horas. El cielo estaba cubierto de nubes, y de rato en rato cruzaban ráfagas frias, cortantes, como la hoja de un puñal.

La taberna estaba cerrada, los clientes no acostumbraban á quedarse hasta esas horas, con mayor razón en esa noche tan cruda. Roque llamó dos veces dando golpes con el puño, y como nadie le contestara, protestó con frases groseras y se dejó caer pesadamente al borde de la vereda cubierta de nieve.

Tán, tán, tán... el reloj de la torre dió las doce: era la hora mas negra de la noche y la nieve aumentaba. Roque se habia quedado dormido, ¡pobre ser arrastrado en la corriente impura del vicio! ni siquiera se daba cuenta de que la nieve poco á poco lo cubria; no sentía frio, estaba completamente insensible, era un cuerpo inerte, una masa informe de carne, confundida con el lodo del camino.

Pasaron dos horas. Eran las dos de la mañana y la nieve habia cesado de caer; algunas estrellas brillaban en el cielo casi despejado de nubes, y un esplendor celeste pálido, el esplendor de la luna que nace, se estendia por doquier. Roque se incorporó soñoliento, dió una mirada de asombro á su alrededor, y se estremeció de frio; por

su mente llena de sombras pasó el recuerdo de su esposa y de sus hijos abandonados; los vió arrastrándose de rodillas hasta él y clamándole que no bebiera más. Recordó el empujon brutal que habia dado á Martita cuando le fué á suplicar por pan y sintió como un grito profundo de reproche que se elevaba desde el fondo de su conciencia. Dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas, y levantándose del suelo sacudió su ropa y tomó el camino de su pobre hogar; de ese hogar tibio y risueño cuando él se contenia, cuando él no malgastaba el fruto de su trabajo; de ese nido de amores, único asilo donde él encontraría felicidad.

La puerta estaba cerrada; por el ojo de la llave pasaba un rayo de luz. Reinaba un silencio triste, solo interrumpido por amargos suspiros. El llamó suavemente, con verguenza, abrumado bajo el peso inmenso de su culpa. Una voz angustiada se oyó que decia:

—Justo, abre la puerta hijo mío, debe ser él.—Después tres gritos indecibles llenos á la vez de pena y alegría— ¡Padre! — ¡Esposo mío! — ¡Amores míos, perdonadme! — Luego rumor de besos, caricias purísimas, frases tiernas, llenas á la vez de dicha y de perdon.

Invierno del 98.





Noemi

EN esa mañana de Octubre parecía al jardín un ramillete colosal de perfumes embriagadores; las rosas blancas que aún ostentaban las cristalinas gotas de rocío que el alba había derramado en sus pétalos, mantenían una lucha desesperada por lucir sus encantos; con insolencia ardiente se alzaban en su tallo verde, con el rostro levantado, esperando el fallo que había de proclamarlas bellas: No era menos el entusiasmo de los lirios y de las margaritas nevadas, tan pretensiosas, con su sonrisa de coqueta. La orquesta silvestre de jilgueros y zorzales, derramaba brillantes notas allá en el fondo del jardín, entre el tupido follaje de los naranjos en flor, y una ola de perfumes intensos se levantaba poco á poco, á medida que el sol se alzaba en el espacio. Era un día primaveral que reía bajo el beso ardiente de luz que el sol enviaba á toda la naturaleza.

Daban las diez, cuando Noemi apareció con su traje de crespón blanco, mas hermosa que los lirios y las rosas, tan orgullosos de su belleza y de su gracia. Era rubia, con toda la candidez de los serafines; su rostro de virgen en éxtasis sonreía acariciado por la luz ardiente de sus ojos negros, con destellos de aurora.

Llevaba en una de sus manos un libro, al que miró con mal encubierto aire de temor y despues de abrirse camino por entre lirios y narcisos, se sentó en el rústico asiento de piedra, bajo el oscuro follaje de los rosales en

flor. Primero, recorrió con la vista la florecencia del jardín, todo ese mundo de rosas matisadas que formaban un conjunto brillante; luego se fué deteniendo en los lirios, en los pequeños azahares, en los narcisos, hasta que concluyó por abrir el libro y leer.

Una onda de rumores y de hálitos tibios se alzaba á su alrededor; el perfume de las flores era demasiado intenso, y á la insultante claridad del día, parecia responder con igual orgullo la ardiente florecencia del jardín y la viva animación de las plantas. Noemi leía, mas poco á poco una ola rosada cubrió sus mejillas, su seno se alzó en ondulaciones pronunciadas, y el brillo de sus ojos de estrella se hizo mas profundo.. era indudable que mantenía una lucha en su interior. De pronto dejando caer el libro sobre la falda blanca, cerró los ojos murmurando:

—¡Oh, esto es hermoso! ¡«Te amo, te amo»! ¡Que historias tan dulces se encuentran en los libros; pero luego si se vuelve la vista á la realidad todo es mentira! La felicidad solo está allá, donde el alma vive en íntima comunión con Dios—y luego agregó suspirando:

—¡Pobre Jorge! nunca podré amarlo, pero su recuerdo me será eternamente grato.

Después recorrió con la vista el reducido jardín inundado de luz, y encantada con todo ese conjunto de poesía que parecia hablarle á el alma, siguió leyendo con avidez, con verdadera fiebre, loca, trastornada, en un idealismo supremo.

Algunas golondrinas pasaban rozando la tierra, y dando trinos, como si quisieran manifestar su contento en ese hermoso dia de primavera, y las mariposas brillantes giraban trémulas alrededor de las flores, como pidiendoles permiso para livar su néctar. Luego una ráfaga violenta de aire hizo estremecer el follaje del jardín, la blanca falda y los cabellos rubios de Noemi cuyas facciones contraídas demostraban disgusto; después, cuando ella alzó la altiva frente, se oyó un grito ahogado, suplicante:

—¡Noemi!

Ella se irguió; cerca, muy cerca, estaba Jorge, inmóvil, como clavado en su sitio, pálido, tembloroso, con la mirada llena de apasionadas caricias y de promesas ardientes, devorándola con los ojos sin atreverse á modular una frase. Siguió un silencio solémne; ambos se contemplaban sin hablarse, temiendo volver á la realidad; pero ella tan fuerte y noble siempre, rompió esa muda comunicación del alma diciéndole:

—Hoy es el último día.

—¡Por piedad Noemi...!—suplicó Jorge dejando caer su gorra de marino.

—No; debo cumplir mi deber. Mi divino esposo me espera ya, es tiempo de que parta.

—Tú estás loca!—murmuró Jorge con ironía—Dios está en todas partes, acá como en el claustro, en el mundo como lejos de él; Dios está donde queremos encontrarle.

—Sí, pero yo voy á buscarlo allá entre las húmedas murallas del convento, donde no me azote la negra ola del mundo; quiero vivir allá sola con su amor, en un eterno ensueño. ¡No me supliques más!—y levantándose con su aire de reina, dió un paso para marcharse; Jorge la detuvo tomándole ambas manos.

—No te marcharás Noemi; yo te lo impediré, tu eras mi prometida.

—Los lazos que nos unen en la tierra son demasiado frágiles y se rompen con facilidad; el nuestro ya no existe—respondió Noemi sonriendo tranquilamente.

—Y tu juramento?

—No vale.

—Y tus promesas?

—Hay un fuego que todo lo consume y es el amor divino Dios me reclama.

—¡Mientes, Dios no es injusto!

Noemi no respondió, su blanca frente se nublaba y estremecimientos nerviosos la conmovían poco á poco; la presencia de Jorge tan ardientemente apasionado turbábala

de una manera extraordinaria y sentíase vacilar; ella también lo amaba. Jorge lo comprendió muy pronto.

Aproximándose rodeó con un brazo el talle flexible de Noemi y posó sus labios quemantes en la cabeza rubia, inclinada como un lirio marchito.

—¡No te marcharás Noemi, te amo, te amo!—Pero ella con las mejillas rojas y el seno palpitante, se irguió altanera con su aire de reina, y dando una mirada alrededor, contempló estremecida las rosas blancas con blancura de nieve, como un manto immaculado en el follaje del jardín; los lirios niveos, la candidez virgínea de las margaritas, y todo ese conjunto de flores vivas que parecían hablarle con la inocencia de los ángeles. Entonces, con soberano impulso como una sultana ofendida rechazó á Jorge, y abriéndose camino por entre lirios y juncos imperiales, se marchó altiva y hermosa como una azucena de los valles, y solo allá en la encrucijada del camino que conducía al hogar, volvió la cabeza por última vez, para dar una dulce despedida á sus hermanas las rosas blancas, llenas de estremecimientos púdicos, á los alielies niveos, á las margaritas simbólicas; mientras que Jorge estático, absorto, ante tanta virtud y heroísmo, murmuraba: ¡Bendita seas!

Estio del 98.





Loca

MUCHAS veces quedaba con el cabello prendido de las ramas, dando gritos, gesticulando, riéndose á carcajadas, hasta que conseguia libertarse por sí misma y seguía su eterno viaje, alegre unas veces cántando tonos sin ritmo, ó triste y sombría, con las pupilas clavadas en el suelo

No era fea, mas bien podía llamársela bonita, sin las contracciones de la frente y de los labios. Sus ojos grandes y negros, brillaban con fulgores estraños, fosfóricos, y el arco pronunciado de las cejas daba á su rostro un rasgo de severidad y altivez. Su cuerpo perfectamente modelado, cuerpo de estatua, con los seguros delineamientos de las formas, lucia en partes la blancura alabastrina de sus carnes mal cubiertas por la túnica rasgada y vieja.

La espesa cabellera undosa flotaba al viento como un crespón sombrío, acariciando al pasar como el ála de una ave negra, las flores, los nidos, las cunas muelles que formaban las trepadoras salvajes.

Los aldeanos la conocian mucho, generalmente pasaba largas horas contándoles historias inconexas, sin sentido alguno, pueriles creaciones de su imaginación enferma, hasta que de improviso los abandonaba para seguir errante por la espesura, muchas veces temblando de haber pasado eternas horas sin alimento.

En sus labios vibraba constantemente un nombre: — Cárlos—Aún en los momentos de mayor eshaltación Cárlos flotaba en su mente; la enardecía ó la apaciguaba, le enviaba un rayo de luz ó envolvía en oscuras sombras su cerebro.

En las mas risueñas tardes de Octubre, cuando las rosas se abrían en tumulto derrochando el rico tesoro de sus perfumes y colores, ella sentada en alguna piedra del camino, con las faldas llenas de flores y de helechos, tejía cuidadosamente guirnaldas y coronas, y despues de adornarse como una reina, sacudiendo su túnica de miseria, se paseaba coqueta y dichosa, conversando amablemente con los árboles, las aves, las hormigas. Todo era Cárlos, todo le respondía en tonos amorosos y dulces, la calandria le decía:

—¡Ah que bella te encuentro con esas flores! Semejas una virgen; por eso te amo más que nunca y quisiera llevarte conmigo.. —y ella entendía por invitación el sacudimiento nervioso de sus alitas grises.

El ceibo le decía en el rojo lenguaje de sus flores: — ¡Ah mi hermosa! ¡Ya estoy acá para besar tus ojos! ¡Cuanto tiempo que te amo y que te espero! Déjame besar tus labios adorados!—y la loca en un arranque de pasión, tomaba entre sus manos trémulas el fuego vivo de la flor del ceibo, y hundía sus labios húmedos en la llamarada de los pétalos.

¡Visionaria febril! Las hormigas eran altivas damas de elegantes trajes, que ella se complacia en humillar aplastándolas con la blanca planta de su pié gentil y riéndose á carcajadas les decía:—¡Yo valgo mas que vosotras...! Carlos me espera para celebrar nuestras nupcias. ¡Morid vosotras presuntuosas, vanas, muñecas de cera que os lleva el viento..! ¡Morid porque os odio! —y poseida de ira volvía á aplastarlas con su blanco talon de adolescente.

Una noche dormía acurrucada en una especie de gruta formada por las trepadoras florecientes, cuando oyó que la llamaban... tendió los brazos y dió un grito:

—¡Voy, espérame!

Luego se lanzó á correr por un sendero extraño; oía constantemente la voz que le decía—¡ven!—y era preciso obedecer.

Tres veces cayó en tierra abrumada, temblorosa, sin alientos, y tres veces tuvo que levantarse para seguir en pós de ese llamamiento sin tregua.

Por fin rodó rendida; sus blancos talones vertían sangre y toda ella temblaba convulsivamente, pero se mantenía en sus oídos sin interrupción alguna ese ¡ven! supremo, insistente, como una súplica.. Hizo un esfuerzo sobrenatural, se incorporó exclamando:—¡Espérame!—y dobló la cabeza sobre el pecho, en un postrer estremecimiento de impotencia y desesperación...





Graziella

SE había criado perdida en el laberinto de las selvas, con el perfume de los jazmines y de los *córpuz* de la montaña, como una cervatilla alegre y enamorada. Tenía los piés blancos y suaves, las uñas finas y pequeñas, con sonrosados de nacar. El sol ardiente de la altura no había dorado su frente, ni el aire húmedo de las grutas había empa'idecido sus mejillas lijaramente bellas, como duraznos de Febrero.

Tan bella y graciosa era que encantaba irresistiblemente. De todo su cuerpo se desprendía un olorcillo fresco, agradable, olor á musgo de las fuentes vivas. Su alma había heredado la grandeza salvaje de los bosques seculares, el impetuoso impulso de los torrentes, la gracia y la frescura de las margaritas matizadas que á manera de estrellas salpicaban la alfombra de esmeralda de los cámpos.

Su acento tenía mucho de rítmico, de dulce; semejaba también un canto, un canto que se esparcía con rumores de arrullo por el bosque umbrío.

No eran en verdad mas bellas, ni mas frescas las ondinas de la fuente, ni las hadas enamoradas que vagaban en las palidas noches de verano. Graziella lo reunía todo; belleza, candor, inteligencia. Era una florecita blanca como un jazmin, pura y perfumada como un lirio. No tenía padres, ni los había conocido nunca; vivía con unos pobres montañeses, buenos, tranquilos, dos corazones de oro que la adoraban.

Abajo, en una de las cabañas cercanas al río, habitaba Pablo, un lindo muchacho, sano, fuerte, robusto, de azules ojos y de tierno acento.

Una tarde le había dicho Pablo que la amaba, y ella al retirarse, después de haber recogido una canastilla de guindas, había dejado caer con disimulo, una *risa de fuego*, muy cerca de él. Desde entonces se veían siempre: él subía con cualquier pretexto a la montaña y ella era más asidua en acudir en busca del rebaño que se internaba en el laberinto de los bosques. En suma: la existencia de ambos jóvenes, era un eterno ensueño.

Un día le dijo Pablo:—Estoy triste Graziella.

Ella se inmutó, y después de un instante se atrevió a preguntarle:—¿Cuál es la causa?

—¡Ah, bien lo sabes!—respondió Pablo con tristeza.— Dos veces te he visto hablando con el *señor* que acostumbra cazar en estos bosques.—La muchacha se rió, con una risa torzada, seca, como si tratara de disimular su turbación.

—Tú sabes que nos arrienda y lo debemos considerar.

—Tienes razón—murmuró Pablo doblando la cabeza pensativo, y en aquella tarde la entrevista fué menos dulce, menos tierna.

II

No sé como se esparció por esos lugares la noticia de que el *señor* estaba enamorado de Graziella, que la había pedido para educarla, y hacerla una señorita. Cuando lo supo Pablo se estremeció, y al anochecer tomó el camino de la montaña con intención de hablar a la muchacha; muy pronto la vió correr a su encuentro risueña, festiva, alegre como siempre; le dieron impulsos de volverse y abandonarla porque pensó que lo engañaba, pero se detuvo y le dijo:

—¿Como estás Graziella?

—¿Como estás Pablo?—Después quedaron en silencio, turbados, en una situación angustiosa

—¿Sabes?—le dijo por fin ella —el *señor* me ha pedido para educarme; dice que hará de mi una señorita muy bella, y yo he consentido.

Una llamarada de cólera brotó de los ojos del montañés y con la voz ahogada le respondió:

—Bien haces, eres dueña.

—¡Que bueno eres Pablo!—gritó ella saltándole al cuello en un transporte de infantil alegría —Volveré muy bella para ser tu esposa.

—Puedes hacerlo—balbuceó el montañés levantando los hombros, y despues de un instante se separaron, él pálido, melancólico, sombrío; ella feliz, alucinada, satisfecha.

III

Habia cerrado la noche y el cielo parecia cubierto por un manto negro; el torrente bajaba sordamente hablando, y ráfagas húmedas hacian estremecer las frondas de los bosques. Una sombra se deslizó por entre las higueras que rodeaban el patio de la cabaña de Graziella, luego aproximándose a la ventana se detuvo indecisa; algo como un zollozo ahogado turbó el silencio, y despues de un instante la sombra se confundía nuevamente en la espesura

Al alborar el día con los primeros trinos de las aves, se dejó oír un acento ritmico, dulce, como cascada de perlas; era Graziella que al abrir la ventana decia entre risas y sorpresas:—¿Que es esto...? ¡Una rosa marchita! ¡Unos cabellos rubios! ¡Un *no me olvides*...! ¡Un anillo de cerda!...

—Y despues de meditar un instante, con la voz ligeramente alterada, agregó.—¡Ah, recuerdo...! Todo esto fué mio en un tiempo, yo lo regalé a Pablo, y hoy me lo devuelve...! Me rechaza sin duda, me vuelve mi palabra!—y sin poderse contener rompió a llorar.

—¡Pablo! ¡Pablo!—murmuró zollozando y profundamente ajitada, tomó el camino del bajo donde vivia su

prometido; al llegar á la cabaña, empujando levemente la puerta penetró, y al verlo solo, abatido, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lanzando un grito cayó á sus piés.

—¡Perdóname Pablo!—El la miró asombrado. Luego en un desbordamiento de zollosos Graziella le dijo balbuceando:

—Sin duda te has ofendido porque pensé abandonarte por un tiempo... ¡ya no me iré jamás...! ¡no quiero nada sin tí Pablo! mi única dicha es verte, escucharte! ¡ámame como antes y perdóname!

El la besó en la frente conmovido y pálido; despues estrechándola contra su corazón le dijo casi llorando:— ¡Ah mi bella Graziella! ¡Ah mi flor de la montaña! ¡Nunca hubieras sido tan pura, tan tierna, tan bella, léjos de tus amigos, el torrente, la selva y el rebañ; léjos de tu cabaña perfumada y de tu esposo que te adora!

Y así estrechamente unidos, sintiendo palpitar mutuamente sus corazones juveniles, en presencia de esa naturaleza gigantesca que los rodeaba, se juraron eterna fidelidad; mientras de allá arriba, con todos los perfumes y murmullos de los bosques, hájaba una onda de rumores colosales, como una bendición nupcial para aquellas dos almas incultas, pero grandiosas como el torrente mages-tuoso.

Primavera del 98.





Crepusculares

I



ESPIERTA la aurora con su sonrisa amable, placentera, como caricia de amor.

¡Que lindo matiz del horizonte que rie, acariciado por el aliento cálido de Febo, que vá asomando su cabellera de eterno fuego!

Las nubes se esfuman, se esfuman trémulas, avergonzadas, huyendo de la luz que las acaricia y que las besa.

Las nubes se esquivan á los halagos del sol, ocultándose allá en el fondo de las grutas vivas, como visiones blancas de una noche de estío...

¡Que bellos mirajes á través de las gacillas leves que rasga el sol con sus doradas flechas!

¡Contempla alma mia! Ríete con la luz de la alborada, vuela con las gacillas vaporosas, canta con los primeros arpegios del día que nace.

¡Ríete alma mia! Sacude el polvo de tus antiguas desventuras y abre tus blancos pétalos, como un lirio se entreabre á las caricias de las auras. Tú eres también un lirio que no ha manchado el polvo oscuro que dejan las mariposas negras, un lirio que no ha doblado su tallo bajo el salvaje impulso del huracán que arrasa...

La luz es para tí. La luz te busca, te llama, rimando en su lenguaje de ternezas, la luz te canta en su ritmico tono de effluvios y colores.

II

¡Despierta alma mía!

La calandria ha abandonado su tibio nido, y vuela cantando en las ramas floridas de los naranjos que extienden en el suelo tu tapiz de azahares.

La alondra sacudiendo nerviosamente sus alitas, te brinda en la cascada tierna de sus notas, un mundo de celestiales vibraciones y encantadoras armonías.

Todo es para tí, porque tú eres la luz, el color, el perfume, la eterna poesía de los mundos

Se estremece el ambiente; tiemblan las flores ruborosas y todo despierta bajo el aliento cálido de Febo, que ha inclinado sus rayos, en un supremo impulso de pasión.

Escucha: hay rumores de besos, caricias ocultas á las miradas del profano, coloquios íntimos que solo tú comprendes, por que alientas con las flores, y flotas con los perfumes.

Escucha: las rosas se dan quejas y confunden sus ósculos de aromas en el oleaje apacible de las brisas, y se estremecen, como vírgenes blancas acariciadas por un hálito de amor.

Aquí está la poesía. No huyas, no pretendas alejarte de este retiro bendecido, fuera, te sentirás enferma.

III

Ha caído la tarde con su música de cantos y rumores, con su cortejo de nubes y de estrellas

Allá en Oriente la luna, la eterna viajera solitaria y hermosa, con su manto de armiño.

Acá en el Ocaso, el incendió del sol que se despide, las nubes que besan las cumbres, como cendales regios...

¡Replégate alma mía!

Entona al compás de la esquila que se lamenta, el himno sagrado de las tardes. Esta es la hora de elevar el pensamiento al cielo.

Las sombras van bajando lentamente y el sol está muy léjos. Las golondrinas no revuelan trinando en el

alero, y velan temblorosas en el caliente nido de sus amores.

El ángel de la muerte ha bajado á custodiar las tumbas, y los últimos amores se desvanecen como un suspiro...

¡Replégate alma mia!

Las flores han inclinado también sus frentes niveas, y languidecen en brazos del ensueño...

¡Duerme alma mia!

Reclínate en el lecho que te brindan los naranjos florecidos, y sueña con las mariposas niveas que besan á las flores, con el encaje leve de las nieblas, con todo lo puro, porque tu eres también un lirio inmarcesible que no ha manchado el polvo oscuro que dejan los insectos negros, ni ha doblado su tallo al empuje salvaje del huracán que arrasa.. Tu eres una flor llena de mieles y de aromas.

¡Duerme alma mia!





Una lágrima

A la memoria de mi adorada madre



He sentido el frío del sepulcro en mi alma, y mi corazón se ha sumergido en una eterna noche.

¡Oh tú, mi consuelo de otros días, cuando pronto has remontado tu vuelo de paloma!

Cuando recién me daba cuenta del tesoro que el cielo me había concedido, ya no te encuentro, porque el ángel misterioso de las sombras te ha arrebatado en sus alas para siempre....!

En vano te he buscado llamándote con mil cariñosos nombres, el hogar está vacío, silencioso, profundamente triste; está como un nido abandonado en la plenitud del invierno.

Mis pasos resuenan en tu alcoba solitaria, misteriosos y huecos, cual si pisara en una lápida mortuoria, y mi corazón se estremece y se hiela como si un soplo gélido lo azotara. ¡Ay de mí!

Raudales de lágrimas empañan mis pupilas cuando contemplo las imágenes sagradas que venerabas tanto; allí están como siempre, en el mismo sitio, inmóviles, en su perpétua inmovilidad de estatuas; allí están como siempre en eterno éxtasis, con los ojos levantados y las manos unidas sobre el pecho. ¿Porqué ellas que te han visto morir no saben responderme cuando de ti les hablo y les pregunto?

¡Madre! ¡Madre del alma! ¿Donde estás que no te encuentran mis ojos? ¿En que rayo de luz descansas, para buscarte eternamente? ¡Respóndeme por Dios!

Siento la desolante soledad de la muerte en mi alma, mis fuerzas se han extinguido con el frío de tu ausencia, y he doblado la frente anonadada. ¡Madre del alma, donde estás?

En esa tarde horrenda de tu muerte, hasta las flores del jardín se estremecieron acongojadas. El hogar se cubrió de una sombra extraña, misteriosa, lúgubre. Parecía que un ave negra había desplegado sus alas funerarias para enlutar estas cuatro murallas, antes nido de amores y sonrisas, y tú, la mas santa, la mas amada, la reina, eras la víctima.... Despues, ya no sé más....!

Solo recuerdo el desgarramiento bárbaro de mi alma cuando sentí que se llevaban tu cuerpo, solo recuerdo que sentí gelideces de muerte, angustias y congojas de agonía
.....

Hoy, en este hoy tan horriblemente desconsolador, al recorrer por primera vez la quinta y el jardín, he regresado llorando. Todo me habla de ti blanca paloma; todo me pregunta del ángel que cantaba en el hogar, y no he sabido responder; ondas de llanto pesadas y amargas, me impiden pronunciar una frase; solo me es dado inclinar la frente confundida.

Las tupidas enredaderas de jazmines blancos, parece que te buscan cuando miran á tu alcoba vecina, cuyas puertas abiertas dejan ver el vacío en que ha quedado con tu ausencia; parece que las flores también te llaman á gritos, y ante el silencio aterrante de tu muerte, murmuran asustadas:—¡Ya no está la que nos acariciaba con su manecita blanca!

¡Pobres flores! sin embargo ellas tienen un consuelo; irán á verte, á visitarte, allá donde te llevaron ese día, irán con sus perfumes y mis mensajes, descansarán á tu lado en esa bóveda oscura de la tumba y estarán contigo hasta su muerte; mientras que ¡ay! á tu hija desventurada ni aún le es dado velarte en el sepulcro!

¡Pobre de mí! ¡Cuan cruelmente me ha herido la desgracia! ¡Como ha cambiado la faz de mi existencia!

Ayer no mas era feliz, mi vida era un ensueño de ventura, el hogar irradiaba en destellos de aurora, las flores sonreían, los pájaros cantaban; todo era paz, ternuras, esperanzas, y solo ha bastado una hora para que ese grandioso palacio de nuestra dicha, caiga desplomado bajo el fatal impulso de nuestra desgarrante desventura; solo ha bastado un soplo de esa Párca detestada, para arrebatarte de mis brazos, madre mía!

Aún estoy con las manos tendidas y los ojos arrasados de lágrimas en la actitud suprema del que implora... Me parece verte venir de nuevo hacia tus hijas, y colmarnos de caricias como solias hacerlo no hace mucho. Aún me parece oír el éco ritmico de tu voz tan llena de modulaciones tiernas, y me atrevo á pensar que tu no has muerto...!

Sí; aunque la horrible realidad se imponga, ¡vives! vives en mi alma con toda la nobleza de tu espíritu, vives en mi corazón con toda la ternura, la abnegación y la virtud de tu ser; te siento á cada paso y te bendigo, te siento acá á mi lado, dictándome cual antes lo bueno, lo noble y lo grande, porque tú no has muerto, ¡vives en mi alma!

Salta—Los Alamos—1899.



